

EL LIBRO DE LA SEMANA

El unicornio es tímido

Según García Márquez, el mexicano Francisco Tario escribió uno de los mejores cuentos del siglo XX. En los relatos de *La noche lo imposible* convive con lo rutinario, lo trágico se vuelve agriamente cómico y lo absurdo, irremediamente lógico

La noche

Francisco Tario
Prólogo de Alejandro Toledo
Atalanta. Vilaur, 2012
284 páginas. 19 euros

Por Alberto Manguel

ADOLFO BLOY Casares dijo alguna vez que, viejas como el miedo, las ficciones fantásticas son anteriores a las letras. Más cercano a nuestro tiempo, hubo sin duda un momento en el que lectores escépticos empezaron a distinguir entre las ficciones fantásticas y las reales. Las segundas tratan, con ostentativo cuidado, de evitar toda insinuación de fantasmas, licántropos y platos voladores; las primeras, más generosas, admiten que ningún hecho es, desde la perspectiva humana, enteramente comprensible y por lo tanto narran con igual precaución la supuesta locura de Hamlet y la misteriosa conducta del Doctor Hyde.

No toda literatura fantástica lo es de la misma manera. Por un lado, está aquella en la que es fantástico el mundo en el que transcurre la narración, pero no así los eventos mismos. Árboles azules y ríos de fuego pueden formar parte del paisaje, pero quienes allí viven deben plegarse implacablemente a las reglas físicas de estos elementos que, para ellos, no son insólitos. Así en el mundo de Alicia los animales hablan y los naipes están vivos, pero tanto éstos como Alicia deben obedecer a la implacable lógica de su condición existencial. Por otro, hay una literatura fantástica en la que el mundo de los eventos narrados es tan real como el nuestro, salvo que en él ocurre algo (un desliz en el tiempo, un salto en el espacio, una inesperada metamorfosis) que lleva al lector a sospechar que, aunque existen explicaciones lógicas para lo ocurrido (el evento fue soñado, el protagonista estaba loco, hubo una inesperada coincidencia), sólo una explicación fantástica resulta satisfactoria. En castellano, hay pocos ejemplos exitosos del primer género (*El exiliado de aquí y allá* de Juan Goytisolo y *Olivado Rey Gudú* de Ana María Matute, por ejemplo), y muchos del segundo (Borges y compañía).

Hay quizás una tercera versión de la literatura fantástica que combina lo mejor de ambas. Sus antepasados son las leyendas de Bécquer y los decorativos

cuentos de Rubén Darío; sus más destacados artífices, Felisberto Hernández, Max Aub, Armonía Somers, Silvina Ocampo, Virgilio Piñera, Salvador Garmendia y el misterioso Francisco Tario, rescatado ahora por Atalanta, con un espléndido prefacio de Alejandro To-

les cines en Acapulco, y escritor, aunque sin pertenecer a ningún cenáculo. Tras la muerte de su mujer, se instaló en Madrid, donde falleció unos quince años más tarde, en 1977. Sus libros incluyen novelas, cuentos y aforismos. Dijo que sus mayores fueron Kafka, Su-



Francisco Tario (Ciudad de México, 1911-Madrid, 1977), en Roma hacia 1957.

do. Hijo de españoles, Tario nació en México en 1911, bajo el nombre de Francisco Peláez Vega. Eligió su seudónimo porque le gustaba su sonido, y también que su significado, en lengua tarasca, fuera "lugar de ídolos". Fue pianista, portero del Club Asturias, gerente de

pervielle e Ionesco. Despreció la ciencia-ficción.

En los cuentos fantásticos de Tario lo imposible convive con lo rutinario, lo trágico se vuelve agriamente cómico, lo absurdo irremediamente lógico. Sus protagonistas son objetos, animales, cosas



indefinidas: un féretro enamorado de una jovencita en duelo, un barco que recuerda el ebrio de Rimbaud, una gallina vengadora, un perro fiel hasta la muerte, un traje gris con veleidades metafísicas, un antropófago convincente, un incestuoso y erudito soñador, un niño inocente y aterrador, una caterva de seres monstruosos o fantasmagóricos.

Gabriel García Márquez afirmó alguna vez que el relato de Tario 'La noche de Margaret Rose' era uno de los mejores del siglo veinte. Ciertamente es uno de los más extraños, con algo de las alucinaciones de Nerval y algo de las pesadillas de Poe, pero muchos de los otros no son menos buenos. Tario escribe con precisión clínica, sin que el lector tome conciencia de que el narrador está inventando, convenciendo, no de la verosimilitud sino de la verdad de lo que está contando. Algo insólito ocurre, algo extraordinario aparece, y de inmediato Tario banaliza el evento con muestras de razonable conducta y sentido común, desplazando así lo fantástico a los márgenes de la historia. Un ejemplo bastará. En el cuento 'El mico', la narradora describe su relación con una suerte de mono que descubre en su casa. De pronto, la criatura le alarga los brazos y le dice "mamá". "Fue el comienzo de una nueva vida, de una rara experiencia que yo jamás había previsto, porque, a partir de aquella fecha, las cosas no fueron ya tan halagüeñas, y dondequiera que me hallara, en el instante más feliz del día, la dolorida palabra volvía a mí, oprimiéndome el corazón".

Quizás la convicción que los cuentos de Tario despiertan en nosotros se deba a la calma y poética lógica que los gobierna. Cuando algo imposible ocurre en ellos, Tario apacigua nuestra falta de fe con un comentario banal, un detalle que vuelve lo inadmisiblemente obvio. Ya en los antiguos bestiarios chinos se explicaba que una de las características principales del unicornio es su timidez, y que esa es la razón por la cual nadie ha podido observarlo. •

Hipocresía compartida

Esto empieza a doler

James Lasdun
Traducción de Ramón de España
Duomo. Barcelona, 2012
294 páginas. 18,50 euros

Por Francisco Solano

LA ELEGANCIA ESTILÍSTICA, servida con un tono moderado, la apacible introspección sobre las vergüenzas internas de los personajes, la ausencia de estridencia de los argumentos, la cuidadosa composición, que mezcla admirablemente la exposición equilibrada de Chéjov y la perspicacia de Henry James, por citar sombras tutelares del

género, hacen de este libro de James Lasdun (Londres, 1958) una de las colecciones de cuentos más depuradas que podemos encontrar en la actual oferta editorial. Nada resulta aquí ajeno al procedimiento literario ejecutado con la máxima aspiración a la eficacia, a la mejor participación del honor literario. No es habitual hallar hoy una prosa tan medida y eficiente, tan pacientemente destilada, y que resulta, además, tan desoladoramente reveladora: "Clare despreciaba a su marido, pero el mero hecho de no hacerse ilusiones al respecto constituía para ella una fuente de perversa satisfacción; en la irremediable ausencia de amor, parecía apanárselas bien con alguien a quien odiar". Esto empieza a doler

se revela como un mosaico de personajes para quienes la experiencia de felicidad, o de comodidad y satisfacción, se muestra inaccesible, aunque la apariencia indica todo lo contrario. Se diría que todos están en el sitio adecuado, ejerciendo lealmente su responsable función de padres, maridos, esposas y amantes, dentro de un protocolo de respeto mutuo que, no obstante, aceptan como una falsificación al haber renunciado a otra vida más alentadora. En "Una historia burguesa" el reencuentro de un hombre, instalado en el "confort y la prosperidad", con un amigo de la universidad que aún se guía políticamente por "la fuerza oceánica de la hermandad", generará en él una rememoración nostálgica, pe-

ro también un confuso sentimiento de traición que se traducirá en una jocosa anécdota para compartir con los vecinos con una copa en la mano. Lasdun no busca ningún efecto intrigante, sino una emergencia sutil que invade la conciencia del personaje sin que este apenas reconozca su sometimiento a la convención social del éxito. El tema nuclear que atraviesa estos cuentos es la hipocresía compartida. Con un tema tan actual estos cuentos deberían servirnos de espejo. Aquí la literatura no actúa para deformar la realidad, sino que se ofrece como una radiografía de miseria moral. La excelencia de la escritura de Lasdun radica justamente en no renunciar a ese objetivo. •